

Manifestaciones en los países árabes 2011: revolución, rebelión o revuelta

Carlos Patiño

Este documento hace un análisis de la situación de los países árabes al momento de la mal llamada primavera árabe en 2011 y concluye que a la vez que un proceso de democratización hay un movimiento en contra de la corrupción y las dictaduras que trasciende lo religioso.

MANIFESTACIONES EN LOS PAÍSES ÁRABES 2011: ¿REVOLUCIÓN, REBELIÓN O REVUELTA?

Desde los últimos días de diciembre de 2010 se inició un proceso de cambio político en Túnez, que muy rápidamente se propagó a otros países y especialmente a Egipto, Libia, Marruecos, Jordania, Bahrein, Qatar, Arabia Saudita, Yemen, Irán y, unas semanas después, a Siria. Los medios de comunicación occidentales propagaron la idea de que estas manifestaciones eran algo así como una “ola democratizadora”, e incluso algunos analistas dedicados a la región de forma directa como Fawaz Gerges, del London School of Economics, o Rashid Khalid, de Columbia University, han sostenido que estas protestas encuentran correspondencia con las ocurridas en Europa Oriental en los años 1990.

En este contexto se han desprendido dos imágenes que pueden ser equivocadas y que de hecho pueden estar conduciendo a una política internacional errónea sobre la región: uno, que las manifestaciones pueden tener las mismas metas y objetivos políticos de largo plazo en los diferentes países, y dos, que son parte de una ola democratizadora. Esta posición, un poco simplista con respecto a la realidad, es reduccionista y peligrosa, pues de hecho no logra captar la complejidad de los cambios, y menos aún la inestabilidad que por el momento parece abrirse en la región. Los motivos que

llevaron a la manifestación en Túnez son diferentes a los de Egipto, y la composición del movimiento en si mismo ha variad enormemente. Esa diferencia se acentúa con respecto a Libia.

Ahora bien, antes de particularizar dichos contrastes conviene encontrar los elementos comunes: las situaciones que se han presentado, y que se siguen presentando a comienzos de junio de 2011 en diferentes países árabes, pueden tener algunos elementos en común, como son una protesta directa contra la corrupción en términos generales, la falta de oportunidades de empleo, de libertades políticas y de mecanismos de alternancia en el poder de forma visible. Más allá de estos elementos comunes, que en realidad pueden ser motivos de manifestación política en cualquier país, las diferencias de cada movimiento están determinadas por las condiciones del Estado, de las instituciones públicas, el estilo y el grado de la corrupción, el papel de los órganos de represión y la capacidad de representación política de los grupos de oposición en los órganos deliberativos de cada nación.

I. Túnez

Zine El Abidine Ben Alí llegó al poder el 7 de noviembre de 1987, y a través de los años conformó un gobierno fuerte que mantuvo una presión constante contra la oposición, hasta el punto de hacer que esta desapareciera, en especial la de origen islámico, que ha tenido a uno de sus máximos líderes en Rashid al-Gannushi. Las protestas en este país se iniciaron el 18 de diciembre del 2010, luego de que el día anterior Mohamed Bouazizi se inmolara a lo bonzo en la ciudad de Sidi Bouzid, como resultado de una disputa con la Policía local que le confiscó un puesto de venta callejera de verduras ante el no

pago de un soborno por parte de Bouazizi. Los medios de comunicación en general han tendido a simplificar las manifestaciones planteando que el acto fue el acicate y motivador principal; sin embargo, la realidad es que las protestas fueron el desencadenante de una acción en la que antiguos miembros de la antes fuerte clase obrera del país se movilizaran, y que lo hicieran con base en una sola consigna: sacar del poder a Ben Alí, y por esta vía crear un cambio de régimen.

La crisis se agudizó con base en dos elementos: el desprecio mostrado por el gobernante hacia los manifestantes, y la muerte de Bouazizi en el hospital el 4 de enero de 2011, en donde había sido visitado días antes por el mandatario. La fuerza inusitada del movimiento se vio recompensada por la aparición de un aliado silencioso, e incluso discreto, que movió la balanza del poder político: las fuerzas militares. El Ejército de Túnez, bajo el régimen de Ben Alí, se caracterizó, a diferencia de muchos otros de la región, por carecer de experiencia militar, y ello hacía que en la práctica no tuviera un peso político ni administrativo suficiente dentro del Gobierno. En tal condición, la alianza con los huelguistas era una oportunidad más que una crisis. La falta de apoyo de las Fuerzas Militares, y su renuncia a practicar una represión abierta, hizo que para Ben Alí solo quedara la salida del poder, lo que en efecto realizó el 14 de enero. Con su salida se intentó conformar gobierno en diferentes ocasiones, e incluso se registraron choques entre los manifestantes que se oponían a que el nuevo gobierno tuviera presencia de miembros del derrocado régimen, y las fuerzas de Policía y Ejército, como sucedió entre el 17 y 18 de enero.

Los cables de “wikileaks” denunciaron que “la familia”, la de Ben Alí, controlaba el poder y los contratos, dando con ellos lugar a una corrupción estructural, y no a una basada en la pequeña corrupción. En este contexto, era claro que los manifestantes hubiesen acumulados motivos suficientes para oponerse al poder del Estado, representado por su gobernante. Empero esta situación, en Túnez la existencia del Estado y de una burocracia que funciona y atiende a los ciudadanos parece ser el mejor activo a la hora de hablar de una transición política, aunque hasta el día de hoy no se haya obtenido un cambio real de régimen ni la consecución de una transición política efectiva.

II. Egipto

Las protestas contra Hosni Mubarak, el antiguo oficial militar que gobernaba el país desde 1981 después del asesinato de Annuar al-Saddat, se iniciaron el 25 de enero del 2011, y rápidamente adquirieron una fuerza inusitada, cada vez más incontrolable para el Gobierno, que la desestimó y la despreció como fuerza de cambio político. Los manifestantes se concentraron en la plaza Tahrir de El Cairo, y de allí solo se retiraron una vez Mubarak renunció al poder el 11 de febrero.

Sin embargo, los manifestantes egipcios exhibieron una condición básica distinta de los tunecinos: se organizaron sin un mando centralizado y rápidamente se autoproveyeron de servicios de alimentación, agua potable, servicio higiénicos básicos y de seguridad, y mantuvieron el control de los disturbios propios, que funcionaron razonablemente bien considerando la cantidad de personas reunidas. Desde el punto de vista de lo que significa gobernar un Estado, practicaron una desobediencia civil eficaz articulada

desde la acción de la no violencia. Las protestas se complementaron con una ausencia de la Policía en el espacio de la plaza Tahrir, lo que al decir de Lisa Anderson aumentó las furias populares contra el régimen de Mubarak, apodado despectivamente por mucho como “el Faraón”. Los manifestantes egipcios parecen haber tenido un periodo de organización previo muy importante que se inició con las acciones posteriores al entierro de Khalid Said, un joven golpeado hasta la muerte por los policías acusados de corrupción, luego de haber colgado un video en su blog, en el que se registraban cobros de sanciones ilegales, venta de droga y otras acciones ilegales más. Estos hechos ocurrieron en junio del 2010.

En este contexto, el ejército liderado por el mariscal de campo Mohamed Hussein Tantawi fue virando de posición rápidamente, pasando de ser el soporte del régimen a ser el que limitara la permanencia en el poder de Mubarak, y allanando el camino para su salida. La acción aparentemente arriesgada del Ejército se basa en su realidad histórica frente a la sociedad egipcia, pues es considerado la columna vertebral del Estado, e igualmente dentro de la sociedad. El Ejército determina una gran parte de la economía a través de otorgamiento directo de grandes contratos de mantenimiento de equipos y alimentación de tropas. Pero, de otro lado, es necesario señalar el que Ejército tiene un papel determinante frente a las relaciones internacionales de Egipto, debido a que cuenta con una agenda importante con dos socios claves: los Estados Unidos, de quienes recibe una ayuda anual cifrada en varios miles de millones de dólares, más el otorgamiento de diferentes equipos militares, y Turquía, que es aliado indiscutible tanto económica como diplomática y militarmente. De todas formas, el cambio de posición del ejército

se dio luego de varias jornadas de represión de diferente naturaleza, y de la que se considera hubo más de 800 muertos, según lo ha declarado Amnistía Internacional.

Empero, Mubarak trato de lograr un apoyo directo de Estados Unidos y de otros aliados internacionales, tanto árabes como occidentales. El resultado fue ambiguo: Israel reclamando apoyo para Mubarak, y el presidente Obama aconsejando a este último para producir cambios democráticos que dieran respuesta a los manifestantes, entre quienes se encontraba Mohamed el-Baradei, ex presidente de la Comisión Atómica Internacional. El movimiento egipcio se llenó rápidamente de otros nombres importantes en la política y la sociedad local, como Nawara Nagm, Safinaz Kazim, Asema Mahfuz y Wael Ghonim. La confrontación política, animada por estas y otras personalidades ampliamente conocidas localmente, hizo que la confrontación adquiriera una acción de discursos, respuestas, rechazos y nuevos discursos, tanto por parte de Mubarak como de los manifestantes. Y a pesar de todos sus intentos por quedarse en el poder, o por conseguir una fórmula mediada que consistiría posiblemente en la sucesión de su hijo Gammal, se vio forzado a renunciar.

III. Libia

Las protestas en Libia comenzaron el de febrero del, y se caracterizaron por hechos interrelacionados: uno, los medios de comunicación internacionales asumieron que lo que sucedía en Libia era lo mismo que lo acontecido en Egipto y en Túnez, uniformando los movimientos y haciendo que la opinión pública occidental considerara los problemas políticos iguales. Dos, manifestantes se vieron prontamente aupados por la violencia, tanto de parte

de las bandas armadas asentadas en el este del país, como la generada por Gadafi y su Ejército. Esta violencia desbordada llevo a una situación muy diferente a la de Egipto y Túnez, pues condujo a un involucramiento de la ONU a través del Consejo de Seguridad, de la Unión Europea y, finalmente, de la OTAN.

Francia lideró desde el comienzo la polémica internacional contra Gadafi, al tanto que su hijo, Saif al-Islam, se presentaba en la televisión pública libia para amenazar con una guerra civil prolongada, declarando que su padre no dejaría el país sino muerto, algo que el mismo Gadafi ratificó en diferentes intervenciones televisadas. Francia, estado Unidos y otros miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU promulgaron la Resolución 1973 del 17 de marzo, en la que se pedía la imposición de castigos al régimen Gadafi, especialmente la imposición de una zona de exclusión aérea en todo territorio libio para limitar los ataques contra los civiles, así como congelar los activos de líderes claves del régimen que colaboraron con la entrada de mercenarios para desarrollo de los eventos bélicos.

Uno de los aspectos claves en el proceso libio es que a diferencia de Túnez y Egipto, las Fuerzas Militares no juegan aquí un papel crucial en el mantenimiento o no de la estabilidad del régimen. La razón es que Gadafi implementó una política de descentralización de las Fuerzas Militares que le impiden consolidarse como un cuerpo o un actor que potencie una ventaja para alguno de los dos sectores. Las Fuerzas Militares leales al régimen adelantan acciones de represión contra los manifestantes a la par de campañas de propaganda para evitar sublevaciones.

Asimismo, la constante a los largo de la intervención bajo el mandato de la ONU por parte de los “aliados” ha sido la falta de un objetivo claro y definido que guie el desarrollo de las operaciones; los Estados Unidos evadiendo la responsabilidad y el posible costo político de la acción en territorio libio, se retiran como director del esfuerzo contra Gadafi, en tanto que el mismo Obama plantea que otros deberán cargar con el costo y la responsabilidad de las acciones que se desarrollen en Libia. Para finales de marzo, el mando será asumido por la OTAN, que despliega una estrategia de bombardeos a instalaciones del régimen, en una suerte de operación incompleta, al contar con la limitante del uso de una fuerza terrestre de tropas que logren el control y la consolidación de espacios a favor de la coalición. Francia y Gran Bretaña abanderan la campaña dotando de la fuerza necesaria (capacidad aérea) para la aplicación de la presión contra el régimen de Gadafi.

La incapacidad tanto de aliados como de las organizaciones internacionales en la definición de lineamientos para guiar las acciones contra el régimen establecen que el conflicto en Libia se mantenga como en las primeras semanas de bombardeos, y aún peor, que la situación se haya ido agravando, a lo que se suma que la mediación internacional parece no tener ningún efecto en la posición del régimen y los civiles siguen siendo las víctimas, hechos que ponen de presente que las acciones a tomar llevaran un tiempo mas prolongado que el planeado desde un principio. La situación se agudiza y las víctimas aumentan, así como los cargos por crímenes de lesa humanidad contra Gadafi.

El coronel se niega a dejar el país y los métodos de represión contra la población se intensifican. El avance de los rebeldes de la mano de la OTAN no son tan claros y empiezan a flaquear los apoyos a la intervención: Suecia, Noruega y España restringen su apoyo a la coalición, Alemania mantiene su estatus por fuera de las acciones y la carga recae sobre Francia y Gran Bretaña, líderes de la causa.

IV. Algunas lecciones del proceso de manifestaciones en el Magreb

Los elementos que conforman la mal llamada “primavera árabe” no pueden reducirse a procesos de simple paso de dictaduras o regímenes autoritarios hacia nuevas figuras de estados bajo lemas democráticos. Esto configura un primer error en el entendimiento de las causas, las diferencias políticas e instituciones en los países árabes, que explican por qué las manifestaciones se llevan a cabo, así como las respuestas y la forma de canalizar las demandas por parte de los respectivos gobiernos.

Cabe anotar que en medio de este erróneo panorama de democratización que sucede en la región, se da un planteamiento que exagera el papel jugado por las redes sociales (internet) en el desarrollo de los procesos de manifestaciones en estos países árabes. Son los medios masivos de comunicación y en este caso la televisión –Al Jazeera–, el elemento fundamental para alimentar la protesta. Igualmente, debe tenerse en cuenta el impacto de este tipo de medios en la difusión de los acontecimientos y con esto su posicionamiento como un mecanismo de denuncia de los excesos del uso de la fuerza y como un agente activo en los procesos de demanda social frente a las entidades gubernamentales.

Por otra parte, se debe destacar el rol primordial que juegan las fuerzas armadas en estos países. En la medida que los gobiernos han caído o no, en razón de la existencia de un ejército central, donde su apoyo a los manifestantes o la lealtad al gobierno suponen una fuerza central para cualquiera de las causas en confrontación. De ahí que, donde hay ejércitos débiles o que no gozan de suficiente poder y prestigio en la sociedad, se mantiene el gobierno (caso de Gadafi); por el contrario, donde el ejército tiene una posición dominante, si retira su apoyo o cambia de postura, los gobernantes terminan cediendo y salen del poder (caso Mubarak).

A su vez, otro error que cometen tanto los medios de comunicación occidentales como los analistas de estos procesos políticos que suceden en el Magreb es el de homogenizar y plantear constantes entre estos países, simplificando el entendimiento de los problemas y de las formas en las que estas sociedades utilizan la protesta y la manifestación como herramientas ante la desconexión entre demandas sociales y respuestas gubernamentales. Frente a ello, hay que resaltar que los países árabes no son iguales bajo ninguna circunstancia, y que todos responden a las dinámicas diferentes relacionadas con la manera en la que se llevo a cabo la consolidación de estos Estados, si es que a todos se les puede llamar así.

De la misma manera, se presenta una falta de coherencia y un total desconocimiento de la región para dar en la respuesta internacional de cara a este tipo de procesos, en la medida en que no es posible determinar cual es el criterio que utilizan los países occidentales para adelantar acciones de intervención que vayan en aras de superar situaciones de conflicto. La

definición de un objetivo no es clara y lo que se genera es el recrudecimiento de la violencia contra los civiles y la activación de la represión intensa como medio de presión internacional.

Finalmente, tres lecciones se desprenden del análisis de los procesos de cambio por los que atraviesan las naciones árabes en donde se presentan manifestaciones:

A. En primer lugar, la *corrupción* se configura como un fondo de movilización política en el mundo contemporáneo. Las sociedades no toleran que las actividades que van en detrimento tanto patrimonial como moral se conviertan en una práctica generalizada en las distintas esferas de la vida social.

La corrupción se convierte hoy en un fenómeno transversal que no distingue estrato socioeconómico ni ideología política. Aplica para todos por igual y afecta a todos en las mismas proporciones.

B. En segundo lugar, los ciudadanos se cansan de la inseguridad en las ciudades. La falta de condiciones para mantener un estatus en materia de seguridad, y con esta de desarrollo, generan un efecto negativo frente a las autoridades y los gobernantes. La falta de políticas que frenen las acciones delincuenciales son un foco de descontento generalizado y se convierten en un argumento desestabilizador en la sociedad.

C. Finalmente y en tercer lugar, los gobiernos hoy en día tienen serias dificultades para hacer una adecuada lectura del ambiente en la

sociedad y responder correctamente a las demandas de los ciudadanos. Ni los organismos de inteligencia, ni las fuerzas y agentes del Estado destinados a interpretar los comportamientos que se desarrollan en las sociedades están cumpliendo su labor. No se sabe leer el ambiente que contextualiza las sociedades contemporáneas, ni los descontentos sociales ni sus demandas; las formas de comunicación con las autoridades difieren entre la esfera política y la civil. De ahí que las respuestas que provienen desde el gobiernos no respondan a las necesidades que plantean las sociedades a lo largo y ancho del mundo en pleno siglo XXI.

CENTRO DE PENSAMIENTO ESTRATEGICO